

El Camino Hacia Arriba es Hacia Abajo

Humildad y Sumisión a Cristo

La cultura contemporánea se describe a menudo como la "era de la autoafirmación". Se nos anima a construir nuestra propia marca, a buscar la cima de la pirámide y a asegurar que nuestra voz sea la más fuerte en la sala. Sin embargo, en el Reino de Dios, la lógica se invierte. La invitación de Jesucristo no es a la autoexaltación, sino a la **humildad** y la **sumisión**.

Mientras que el mundo ve la sumisión como debilidad y la humildad como falta de autoconfianza, desde la perspectiva bíblica, estas son las mayores demostraciones de fuerza espiritual y claridad de propósito.

La Esencia de la Humildad: Menguar para que Él Crezca

Juan el Bautista capturó la esencia de la vida cristiana en una frase corta, pero devastadora para el ego humano:

"Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe." (Juan 3:30)

Juan entendía que su función era la de un precursor, alguien que prepara el camino. La humildad no es pensar menos de uno mismo (sentirse inferior o incapaz), sino **pensar menos en uno mismo**. Es el desplazamiento del "Yo" del centro del universo para que Cristo ocupe el trono que Le pertenece por derecho.

Cuando nos vaciamos de nuestra propia importancia, creamos espacio para que la gracia de Dios opere. Como dice Santiago 4:6, *"Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes"*. La soberbia funciona como un escudo que bloquea el auxilio divino, mientras que la humildad es el suelo fértil donde florece la santificación.

La Sumisión como Liberación

Someterse a Cristo no es una forma de esclavitud, sino la verdadera libertad. El ser humano fue creado para ser gobernado por Dios; cuando intentamos gobernarnos a nosotros mismos, nos convertimos en esclavos de nuestros propios deseos, miedos e inestabilidades.

Jesús nos invita: *"Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas"* (Mateo 11:29).

El Maestro de la Orquesta

Imagina a un talentoso violinista que decide que ya no quiere someterse a la batuta del director ni seguir la partitura compuesta. Decide tocar su propia melodía, a su propio tiempo. El resultado no es libertad creativa, sino cacofonía. Arruina la armonía de la orquesta y frustra el propósito de la música. La verdadera belleza de su talento solo se revela cuando somete su técnica a la visión del maestro. De la misma manera, nuestras vidas solo alcanzan la armonía cuando nuestras voluntades se alinean con la voluntad soberana de Cristo.

El Ejemplo Supremo: El Despojamiento de Cristo

La base de nuestra humildad no es un esfuerzo humano, sino la imitación de Cristo. En Filipenses 2:5-8, Pablo nos exhorta a tener el mismo sentir que hubo en Jesús:

1. **No se aferró a Sus derechos:** Siendo Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.
2. **Se despojó a sí mismo:** Tomando forma de siervo.
3. **Se humilló a sí mismo:** Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

La sumisión de Jesús al Padre fue lo que hizo posible la redención de la humanidad. Si el Rey del Universo eligió el camino de la obediencia, ¿cómo podríamos nosotros buscar un camino diferente?

La Práctica de la Sumisión en lo Cotidiano

La sumisión a Cristo se manifiesta en tres áreas prácticas:

- **En la Mente:** Sujetar nuestros pensamientos e ideologías a la verdad de la Palabra de Dios.
- **En la Voluntad:** Elegir lo que agrada a Dios, incluso cuando nuestros sentimientos sugieren lo contrario.

- **En las Relaciones:** Considerar a los demás como superiores a nosotros mismos, sirviendo sin esperar reconocimiento.

El Agua y el Valle

El agua siempre fluye hacia los lugares más bajos. No puede descansar en la cima de una montaña empinada; desciende hasta encontrar el valle, donde se acumula y genera vida. Así sucede con la bendición de Dios. No se detiene en las cumbres del orgullo humano y la autosuficiencia. La gracia de Dios fluye hacia los "valles" de la humildad. Si queremos ser llenos de Su presencia, debemos estar en el lugar bajo de la sumisión.

Conclusión

La humildad y la sumisión no son destinos a los que llegamos una sola vez, sino decisiones diarias. Cada mañana, nos enfrentamos a la elección de reinar sobre nuestra propia vida o entregar las riendas a Cristo.

Al elegir el camino de Juan el Bautista y permitir que Jesús crezca, descubrimos una paradoja maravillosa: al "menguar", no nos convertimos en nada; al contrario, nos convertimos en todo lo que fuimos creados para ser. La submission a Cristo no nos disminuye; nos completa.

Pr. Paul Rech